



JAIME PLANAS

Es, ante todo, un hombre en extremo simpático. En diferentes manifestaciones teatrales se ha solicitado el concurso artístico de este popular barcelonés. Porque Jaime Planas posee los más varios talentos y a todo es aplicable y en todo sale triunfador. Es amigo de todos y favorito de los más varios públicos. Puede decirse que Planas lo hace todo bien, más que por nada, porque sí, por invencible y natural predisposición de su espíritu. Esto es verdad: su modo de manifestarse inagotable, no conoce el reposo ni el cansancio.

Planas, ha sido un buen intérprete de películas; Planas, ha debutado en el Liceo cantando el «Alfredo» de la «Traviata», en unión de Stracciari y de Elvira de Hidalgo; Planas, se ha dedicado con entusiasmo a la opereta, a la que aportó gestos señoriles y matices refinados; Planas, ha sido el más popular de los zinganes que dejaron oír los soñadores ritmos y románticas melodías en los cabarets mundanos y restaurantes de moda; Planas, es el contrabajista que arranca al instrumento ritmos extraños, insospechados y rebosantes de alegría.

Su vida de artista le ha debido servir de motivo fundamental para realizar dos idealidades opuestas: la de un excelente intérprete de todo cuanto se propuso, y la de derrochar, despreocupado, generoso y pródigo, la más franca alegría, que en él es algo maravilloso y extraordinario.

.....672911
La realidad ha superado al optimismo.

Siento la inquietud de los momentos demasiado felices, porque, naturalmente, algunas dificultades habrán de presentarse aún antes de realizar



JULIO PONS

A este artista catalán, lo mismo se le conoce de fama que de trato. Pocos serán los que con el pianista Pons no hayan tenido el gusto de estar conversando por lo menos una media hora. Julio Pons habla siempre del piano y a él dedica todos sus afanes. Es tan creyente y fervoroso de la buena música que diríase que a ella somete todas sus acciones.

Oyéndole, de sobra se alcanza que su propósito no es otro que ahondar lo que noblemente se compuso y penetrar en el estilo, pues sabe este concertista, que esta ignorancia traería desventajas y en nada contribuiría a dar lucimiento al desempeño de su tarea.

Con lo primero que se simpatiza en el arte de este pianista, es que se vé claramente que al interpretar se le nota una gran satisfacción más que un enjambre de satisfacciones de amor propio. Sabe que vale mucho y desde ha muchos años el público se lo tiene demostrado, pero con todo, Pons anhela siempre algo que valga más que él y que le supere. Y tal anhelo no es más que el genio de los grandes músicos, por los que aspira sólo a decir lo que ellos sintieron y pensaron, pero expresándolo con puridad y sin rebuscamientos ni rarezas. Esta es la recta doctrina que sostiene este notable concertista catalán.



GRAZIELLA PARETO

Esta admirable artista catalana, es y sigue siendo desde hace algunos años,—no muchos, porque Graziella es joven y su espíritu es de niña—, la intérprete no discutida, porque su arte es axiomático. El aplauso que a la Pareto se tributa en el Liceo de Barcelona, se dilata en ondas sonoras por todo el haz de la tierra, acrecentando y sancionando el crédito de la estupenda artista.

La carrera de la Pareto ha obtenido altas y merecidas alabanzas en la Prensa mundial. Ahora, los revisteros musicales, aprovechando tan buena ocasión, como ha sido la actuación de Graziella, en el Liceo,—para sus íntimos, que la adoran, es y será «Gracieta»—, han derramado una lluvia de flores sobre la admirable divinizadora de melodías. En el coro de los encomiadores anhelamos que nuestra voz también se oiga.

Graziella Pareto,—alma llena de sutilezas—, merecería ser cantada por Rubén, el Divino. Remedando al clásico, pudiera escribirse:

«Graziella, sol de los soles,
tu cara es una custodia,
y es tu voz la escalera
para subir a la gloria.»

Contenta está la Pareto de su carrera. Tiene la conciencia de que ha triunfado y se muestra agradecida de cuanto espléndido y amable le rodea. Posee talento, que es el dón con que el cielo favorece el alma. Ama a la música sobre todas las cosas y a la melodía como a sí misma. Y a nuestras canciones populares les prodiga mimos y maternos amores. Oír a Graziella, «La filla del marxant», o «La pastoreta», o «El noi de la mare», da idea de que el alma de la artista catalana está encendida de amor al terruño.

Una noche, y en Venecia, el dueño y señor de la latina forma y el mágico del estilo, el Vizconde Gabriel D'Annunzio!, transcurría por un canal, en compañía de Franchetti, el propietario del «Ca d'Oro», recostados en una góndola. Al pasar bajo los balcones donde dormía Graziella Pareto, el poeta de «Il Fuoco», gritó:—«Graziella, despierta... D'Annunzio te va a cantar una serenata. Voz de oro, maravilla del mundo, óyeme!...» Y antes que el poeta entonara una veneciana serenata, en el gótico balcón, junto a las aguas negras del canal, Graziella entonaba:

«La filla del marxant
diuen que's la més bella...»

Cataluña aparecía ante el príncipe de los poetas por mediación milagrosa de nuestra princesita de la voz de oro.



MARIANO PERELLÓ

Es un notable violinista. Siendo casi un niño, el maestro Crickboom, le presentó ante el público en la desaparecida «Filarmónica». Dióse perfecta cuenta en aquella ocasión, el auditorio, de que en Mariano Perelló existía una rara sensibilidad. No tardó en destacarse y en adquirir una personalidad. A aquella presentación en Noveidades, siguieron conciertos y recitales. Con el malogrado Enrique Granados colaboró intensamente, interpretando a clásicos, románticos y modernos.

Con sus íntimos Ricardo Vives y Juan Pedro Marés, fundó el «Trio Barcelona». Esta institución, que tanto, en bien, dice del desarrollo musical de nuestra ciudad, ha recorrido triunfalmente Europa y América. Con un entusiasmo sin límites, propuso Mariano Perelló a sus compañeros de «trío» llevar al extranjero obras ibéricas, y, al propio tiempo, traer las más modernas de otros países y darlas a conocer a los catalanes. Gerard y Granados, gracias a Perelló y a sus compañeros, fueron conocidos en Bélgica, Holanda, Dinamarca y Alemania. El arte sensitivo, de Gossens lo conocimos gracias a Perelló.

El estilo de este violinista es puro y su técnica impecable. Fúndese en lo que interpreta, de tal manera, que podemos afirmar que la impersonalidad del interpretador constituye en Perelló su propia personalidad. Su gusto musical es exquisito y su cultura vasta y sólida. Adora las clasicidades y siente predilección por las modernidades de estos tiempos. Ha desempeñado cátedras en los Conservatorios, y en el de Bilbao dejó provechosas enseñanzas.

Mariano Perelló, es un hombre fundamentalmente bueno, altamente simpático, dicharachero y finalmente humorístico. Y el arte gracioso, fino y alegre de Mozart, encaja plenamente en este artista catalán que tanto cariño siente por el genio de «Las bodas de Fígaro».